

JUVENTUDES EN TRÁNSITO E INDEPENDENCIA EN LA ISLA DE QUINCHAO, CHILOÉ

BÁRBARA DÍAZ

Pedagogía en Historia y Geografía

CATALINA FUENTES

Antropología

Resumen

Este artículo analiza cómo la triple crisis ambiental -cambio climático, pérdida de biodiversidad y contaminación- se entrelaza con las dinámicas urbano-rurales en la isla de Quinchao, centrándose en las perspectivas de dos jóvenes mujeres de enseñanza media. Mediante entrevistas semiestructuradas en el Liceo Insular de Achao y observación participante informal, reconstruimos narrativas de cuidado familiar en hogares extensos y estrategias de subsistencia adoptadas desde la infancia. La triangulación de datos orales con revisión bibliográfica y estadísticas demográficas permitió identificar patrones de movilidad educativa y aspiraciones universitarias que desafían mandatos tradicionales de maternidad y los estereotipos de la identidad chilota. Los resultados muestran cómo las presiones socioecológicas reconfiguran la agencia femenina, transformando las redes de solidaridad y generando nuevas formas de empoderamiento.

Palabras Clave: Género, juventudes rurales, reconfiguración territorial, escasez hídrica.

1. Introducción

El presente estudio se inscribe en un enfoque interdisciplinario que cruza perspectivas de género, territorialidad y juventud en contextos rurales e insulares. En primer lugar, se retoma el concepto de territorio no como un espacio físico neutral, sino como una construcción dinámica atravesada por relaciones de poder, subjetividades y vínculos afectivos (Herner, 2009). Este enfoque permite comprender los procesos de desterritorialización y reterritorialización que viven las juventudes del archipiélago de Quinchao, quienes migran no necesariamente para romper con su espacio de origen, sino para resignificarlo desde otros lugares.

En este sentido, el género emerge como un eje central para analizar las trayectorias de vida de las jóvenes entrevistadas. En contextos rurales, las hijas mayores tienden a asumir una carga desproporcionada de tareas domésticas y de cuidado, enmarcadas en una división sexual del trabajo que persiste y se refuerza en situaciones de precariedad. Estas responsabilidades, socialmente construidas como "naturales", no solo configuran su cotidianidad, sino que condicionan sus posibilidades de proyección personal, educativa y profesional (Jiménez & Moya, 2017). La figura de la "superwoman" (Hansen, 1984) ilustra cómo estas mujeres deben conciliar múltiples roles sin contar con redes institucionales de apoyo, funcionando como ejes invisibles de sostenibilidad familiar.

Por otro lado, la escasez hídrica en la isla de Quinchao, producto del cambio climático, la expansión del monocultivo, la salmonicultura y la fragmentación del sistema público, agudiza las desigualdades ya existentes, especialmente en términos de género. Las

mujeres, en particular las jóvenes, son quienes gestionan cotidianamente los impactos de la falta de agua, asumiendo tareas que exceden su edad y recursos. Esta situación refuerza su papel como gestoras territoriales invisibilizadas, al tiempo que limita su autonomía y bienestar (Lefort et al., 2024).

Por último, el acceso a la educación secundaria y superior aparece como un punto de inflexión en estas trayectorias, ya que permite la construcción de nuevas subjetividades femeninas que desafían los mandatos tradicionales de género y maternidad. La movilidad educativa se convierte así en una forma de resistencia y de reconfiguración territorial crítica, no como fuga sino como transformación. Desde esta perspectiva, la juventud femenina rural debe ser entendida como agente activa de cambio, cuyas decisiones están profundamente situadas, atravesadas por afectos, memorias y tensiones estructurales.

La Isla de Quinchao se sitúa en un escenario de profundas transformaciones socioambientales, producto de la confluencia de la triple crisis planetaria; cambio climático, pérdida de biodiversidad y contaminación, causadas directa o indirectamente por las actividades humanas. El análisis del PNUMA subraya que estas tres crisis no son independientes: están profundamente entrelazadas y se alimentan mutuamente, por ejemplo, la deforestación contribuye tanto a la pérdida de biodiversidad como al cambio climático, y el uso excesivo de fertilizantes puede causar contaminación de los cuerpos de agua al mismo tiempo que degrada los ecosistemas.

Asimismo, se menciona que la presión humana ha superado los límites planetarios, siendo más del 75% de los ecosistemas terrestres y el 66% de los ecosistemas marinos que han sido

alterado por ser humano, con esto no solo se daña la naturaleza u otras especies, sino que el bienestar humano se ve alterado por la inseguridad alimentaria, la escasez de agua, enfermedades zoonóticas y desplazamientos forzados.

Los sistemas económicos actuales están fallando en integrar el valor de la naturaleza, el crecimiento económico ha sido acompañado por un uso desmedido de los recursos naturales, con costos ambientales que rara vez se reflejan los precios del mercado, por lo que es necesario definir el desarrollo adoptando modelos que respeten los límites ecológicos y fomenten el bienestar inclusivo.

Estas dinámicas no solo reconfiguran los modelos de producción y las redes de movilidad cotidiana, sino que también inciden de modo particular en las juventudes y en las mujeres chilotas, cuyas trayectorias vitales se entrelazan con procesos de independencia forzada y resignificación de roles de género.

Al desplazarse, tanto jóvenes como adultas, para cursar estudios secundarios o para insertarse en empleos formales fuera de la isla, las mujeres chilotas experimentan una paradoja entre modernización y tradicionalismo: amplían sus capacidades de agencia sin desligarse de la “naturaleza” maternal que legitima su papel social (Federici, 2010; Lipovetsky, 1999). Esta tensión es especialmente visible en las prácticas de maternidad intensiva, que redefinen la relación con el territorio y con los recursos comunitarios en un contexto de vulnerabilidad ambiental.

La inclusión de esta dimensión de género en el análisis de las dinámicas urbano-rurales permite no solo visibilizar las estrategias de resiliencia de las mujeres frente a la crisis socioambiental (mareas rojas, acidificación costera, disminución de captura artesanal), sino también

comprender cómo la movilidad cotidiana reconfigura los lazos comunitarios y las redes de cuidado. Asimismo, al articular las categorías de juventud e independencia, podemos explorar cómo las y los jóvenes isleños negocian nuevos proyectos de vida en diálogo con las herencias culturales y las exigencias de un modelo extractivo que, a pesar de impulsar desarrollos económicos, profundiza las desigualdades de género y territoriales

2. Quinchao como área de estudio

El archipiélago de Chiloé, incluyendo la isla de Quinchao, constituye un territorio insular del sur de Chile caracterizado por una singular configuración geográfica, social, cultural y ambiental, lo que lo convierte en un espacio particularmente fértil para el abordaje interdisciplinario. Su condición insular ha dado lugar, históricamente, a formas particulares de ocupación, movilidad, producción y vida cotidiana, generando una cultura profundamente ligada al territorio, al mar y a las prácticas comunitarias. La disposición fragmentada de sus islas ha configurado un sistema territorial con altos niveles de aislamiento, lo que ha influido directamente en la gestión del espacio y el acceso a servicios básicos como salud, educación y transporte (Rojas-Zamorano y Szlafsztein, 2020).

La cultura insular, presente en todo el archipiélago -incluida la isla de Quinchao-, se ha desarrollado en torno a una cosmovisión que fusiona el catolicismo con prácticas tradicionales. Esto se manifiesta en expresiones como la arquitectura religiosa en madera, las fiestas patronales y la agricultura familiar campesina. Estas formas culturales no solo configuran la identidad local, sino que también estructuran el uso del espacio y la organización social, como señalan Bravo, Zúñiga Oetiker y Oyanedel (2021) al

analizar la persistencia del minifundio y las formas colaborativas de producción en Quinchao. Según los autores, el minifundio no ha desaparecido frente a las presiones del mercado ni a las transformaciones productivas ligadas al auge de la industria acuícola. Por el contrario, se ha mantenido como una estrategia territorial y cultural que articula prácticas agrícolas tradicionales, relaciones familiares y vecinales, y un uso sustentable del suelo. En este contexto, prácticas como la minga (intercambio de trabajo) y la ayuda mutua entre familias no solo tienen valor económico, sino que constituyen expresiones de cohesión social y pertenencia territorial.

Estas configuraciones culturales y productivas, sin embargo, se ven tensionadas por los impactos del modelo económico extractivo, especialmente el acuícola, que ha generado impactos negativos sobre los ecosistemas marinos y los entornos rurales. La crisis socio ambiental provocada por la marea roja en 2016 -que paralizó la actividad pesquera artesanal y generó protestas en varias islas- evidenció las profundas tensiones entre las comunidades locales y el modelo de desarrollo dominante (Uribe y Henríquez, 2019). A esto se suman los efectos del cambio climático, que comprometen los modos de vida tradicionales y aumentan la vulnerabilidad del territorio.

Frente a este escenario, la movilidad cotidiana entre islas y hacia centros urbanos adquiere un papel clave. A pesar del aislamiento geográfico, existe una circulación constante de personas que se desplazan, en gran parte, para acceder a educación secundaria o servicios básicos. Esta dinámica ha generado procesos de desplazamiento temprano e independencia forzada entre los jóvenes, lo cual suele tensionar o debilitar los vínculos familiares y comunitarios (Méndez y Montero, 2018). En este sentido, Chiloé

y Quinchao conforman una unidad geográfica y cultural donde las tensiones entre tradición y modernización, aislamiento y conectividad, así como entre conservación y desarrollo, constituyen dimensiones clave para su estudio.

Figura 1. Configuración geográfica de la isla de Quinchao.



Fuente: Le Monde Diplomatique (sitio web)

3. Metodología

Este trabajo parte de una visita de campo al Liceo Insular de Achao, donde entrevistamos a dos estudiantes de enseñanza media: una joven de origen argentino residente en Quinchao y otra procedente de Dalcahue. Las conversaciones se centraron en su representatividad de contextos familiares extensos, su interés por continuar estudios superiores fuera de la isla y la evaluación del riesgo vinculado al cambio climático en relación con el acceso al agua dulce en su territorio. Las entrevistas, de carácter semiestructurado, abordaron cuatro ejes: la composición de familias tradicionales con múltiples hermanos; la organización de cadenas de cuidado para repartir tareas domésticas y productivas; las formas creativas de subsistencia familiar (como trabajos informales de carga ante la incertidumbre laboral de los padres); y las aspiraciones de movilidad educativa universitaria.

Esta aproximación cualitativa permitió reconstruir narrativas de vida centradas en las cadenas de cuidado y la tensión entre mantener tradiciones familiares y aspirar a

la independencia educativa. Para asegurar la confianza de los participantes, se respetaron protocolos éticos: uso de seudónimos y confidencialidad.

4. Resultados

Las entrevistas realizadas evidencian trayectorias personales que se entrelazan con los desafíos ambientales y sociales del territorio. Ambas estudiantes relatan haber crecido en familias extendidas, donde las labores de cuidado eran compartidas entre madres, hermanas y abuelas, configurando un entramado afectivo-productivo que refuerza la idea del hogar como núcleo económico. Esta estructura, sin embargo, no impide, sino que más bien estimula, aspiraciones de movilidad: ambas jóvenes expresan su deseo de estudiar fuera de la isla, motivadas por un anhelo de autonomía económica y profesional, pero también por el reconocimiento de los límites estructurales que impone la vida en Quinchao.

La composición familiar, y en particular la presencia de múltiples hermanos en un mismo núcleo constituye un aspecto central en el análisis de las dinámicas sociales, económicas y afectivas al interior de ambos hogares, debido a que no solo influye en la distribución de recursos, sino que modela experiencias de socialización, responsabilidades compartidas y roles jerárquicos entre hermanos. En contextos insulares, las redes de apoyo familiar adquieren un valor crucial, como la contención a desafíos estructurales como el acceso desigual a la educación o escasez de servicios básicos. Ser hermana mayor -como fue el caso de las entrevistadas- implica asumir responsabilidades que trascienden el ámbito personal y que están estrechamente vinculadas con el cuidado y la organización doméstica. Esta figura adquiere un lugar central en la vida

cotidiana del hogar, actuando como una extensión de la figura materna.

En este contexto familiar, donde el padre cumple el rol tradicional de proveedor económico y la división de género en el trabajo doméstico se mantiene rígido, las hijas mayores tienden a recibir una carga desproporcionada de labores domésticas y de cuidado, a diferencia de los hermanos varones, que pueden ser socializados en temas exteriores o productivos, tales como el trabajo ganadero, agrícola o de pesca. En este contexto las hermanas mayores suelen quedar ligadas al espacio doméstico, aprendiendo desde temprana edad a asumir funciones maternas, incluso en detrimento de su escolarización o desarrollo personal, recayendo en ellas como parte del imaginario de “responsabilidad natural femenina”:

“...de siempre las mujeres nos hemos encargado más de cuidar...” (E.O.2). Así, el cuidado pasa a ser una responsabilidad asumida de forma natural por la mujer que lo percibe como un deber propio: “...fue lo que salió de nosotras...” (E.O.2); “...pero lo más fuerte, por supuesto, viene a la mujer...” (E.O.2); “...yo también estaba trabajando...pero bueno...me tocaba...” (E.O.4); “Siempre lo hemos pensado” (Jiménez & Moya, 2017)

Esto se ve definido por el término “superwoman” acuñado por Marjorie Hansen en 1984, donde las mujeres sienten la presión de sobresalir en múltiples roles, anteponiendo el cuidado de los suyos a su propio desarrollo profesional.

El deseo de movilidad educativa se enmarca, además, en un proceso de cuestionamiento de los mandatos de género. Las entrevistadas salen de las narrativas tradicionales del territorio, tales como las imposiciones en torno a la maternidad, concebida como un horizonte pospuesto, no negado, pero sí subordinado a la concreción de sus proyectos personales. Se evidencia aquí

una tensión entre la figura tradicional de la mujer-madre y una subjetividad femenina emergente que exige el derecho a decidir sobre su cuerpo y su futuro. Tal como señala Barrientos Loaiza (2016), esta resignificación de la mujer chilota se produce en un contexto donde persisten imaginarios conservadores que identifican lo femenino con la esfera doméstica. No obstante, el acceso a la educación secundaria y las posibilidades de continuidad universitaria están generando procesos de agencia inéditos en generaciones anteriores.

Ambas jóvenes expresan su deseo de estudiar fuera de la isla, motivadas por un anhelo de autonomía económica y profesional, pero también por el reconocimiento de los límites estructurales que impone la vida en Quinchao. Entre estos límites, destaca la creciente variabilidad en el acceso al agua dulce, que afecta de manera desigual a los distintos sectores de la comuna: mientras algunas localidades cuentan con redes de APR (Agua Potable Rural) relativamente estables, otras deben depender del acarreo por camiones aljibe o sistemas informales de captación, lo que genera fluctuaciones en la presión del agua de sus hogares, lo que incide directamente en la calidad de vida y en las decisiones familiares respecto al futuro.

En cuanto a las formas creativas de subsistencia, ambas entrevistadas mencionan haber participado en trabajos que ayudaban a la familia durante la infancia, como labores de carga, apoyo o acompañamiento a familiares en tareas. Estas actividades emergen como respuesta a la inestabilidad laboral de sus padres, afectados por la precariedad del empleo en contextos rurales y la dependencia de economías de subsistencia. Las jóvenes asumieron tempranamente tareas productivas y logísticas que, aunque invisibilizadas en las estadísticas laborales formales, fueron

claves para el funcionamiento de la economía doméstica. Más allá del simple apoyo familiar, estas estrategias permitieron a las jóvenes posicionarse activamente en la dinámica del hogar. Su colaboración no sólo alivió cargas, sino que también fortaleció su autonomía, al implicar toma de decisiones, organización y responsabilidad sobre tareas concretas.

Estas experiencias, incorporadas desde edades tempranas, dotaron a las jóvenes de herramientas prácticas que no suelen ser reconocidas como capital formativo, pero que configuran formas legítimas de aprendizaje social y adaptación territorial. Si bien estas labores fueron asignadas muchas veces en función de su género, reproduciendo ciertas jerarquías tradicionales, también abrieron espacios para resignificar lo productivo como una dimensión que incluye a las mujeres más allá del cuidado. La participación en estas actividades se vuelve una forma de inserción activa en la lógica territorial y una respuesta a la precariedad estructural, complejizando las nociones convencionales de infancia, trabajo y dependencia. El aporte de las jóvenes, por tanto, no se limita al plano simbólico o afectivo, sino que constituye una forma concreta de sostenibilidad familiar y comunitaria.

Ambas experiencias sugieren que el tránsito hacia la independencia no implica una ruptura absoluta con los vínculos familiares o comunitarios, sino una reconfiguración de estos. La independencia se plantea como relacional y situada, en diálogo constante con los afectos, el cuidado y una memoria territorial que no desaparece, sino una reconfiguración de estos, que redefine las nociones tradicionales de dependencia e identidad territorial.

5. Discusión

Este doble movimiento (desterritorialización y reterritorialización) expresa la complejidad de las dinámicas urbano-rurales en Quinchao. El deseo de migrar no significa el rechazo del territorio, sino la búsqueda de un nuevo modo de habitarlo, desde una lógica menos subordinada a los imperativos extractivistas y patriarcales. Tal como plantea Herner (2009), el territorio no es un objeto estático, sino una relación dinámica atravesada por el poder, el deseo y la subjetividad. En ese sentido, las trayectorias de estas jóvenes son también actos de producción territorial.

Asimismo, los relatos permiten repensar la educación secundaria no sólo como un instrumento de movilidad social, sino como un espacio de transformación subjetiva. La escuela, a pesar de sus funciones disciplinarias, opera también como plataforma para el desarrollo de aspiraciones que cuestionan el orden de género vigente. La salida de la isla para cursar estudios universitarios se convierte, entonces, en una forma de reterritorialización que redefine el vínculo con el territorio desde una conciencia crítica.

La reconfiguración de los roles de género y del trabajo en las trayectorias de estas jóvenes no puede entenderse sin considerar el peso de la cultura chilota y el arraigo territorial. La aspiración a la independencia no representa una negación del origen, sino una transformación de este. La agencia juvenil que emerge en este contexto es profundamente situada: se construye a partir del diálogo con una identidad insular que, aunque conservadora en sus mandatos de género, también ofrece recursos afectivos, comunitarios y simbólicos para proyectar nuevos horizontes.

La escasez hídrica en Chiloé, y particularmente en Quinchao, se presenta como un elemento estructural que agudiza y complejiza las dinámicas familiares, sociales y de género descritas en los testimonios. En territorios donde el acceso al agua se vuelve cada vez más incierto, debido al avance de monocultivos, el impacto de la industria salmonera, la sobreexplotación de napas subterráneas, y la fragmentación de servicios públicos, las estrategias cotidianas de sostenibilidad doméstica adquieren una carga aún mayor para las mujeres, especialmente para las hijas mayores.

Las labores de cuidado, que ya de por sí recaen desproporcionadamente sobre ellas, se intensifican cuando se deben gestionar tareas asociadas a la falta de agua: recolectar, almacenar, racionalizar o incluso negociar el abastecimiento con proveedores externos. Estas funciones, lejos de ser secundarias, se transforman en prácticas fundamentales para la supervivencia del hogar, reforzando el rol de estas jóvenes como “gestoras territoriales” invisibilizadas en el debate sobre la crisis hídrica. En este sentido, la escasez de agua no es solo un problema ambiental, sino una cuestión profundamente atravesada por el género, que redefine los tiempos, espacios y cuerpos que sostienen la vida cotidiana. Este contexto también tensiona las aspiraciones de movilidad e independencia expresadas por las jóvenes. La decisión de migrar en busca de estudios superiores o empleos más estables no solo responde a un deseo de realización personal, sino que también responde a una evaluación crítica. La falta de acceso seguro y continuo al agua, siendo un recurso básico, condiciona la calidad de vida y profundiza la sensación de precariedad, erosionando las posibilidades de proyectarse en el territorio a largo plazo. No se trata de un rechazo del lugar de origen, sino de una

respuesta ante condiciones que, para muchas, resultan insostenibles.

A su vez, la escasez hídrica revela la fragilidad de los entramados afectivo-productivos que sostienen los hogares rurales. Cuando el agua escasea, no solo se afecta la producción agrícola o ganadera, sino también la vida doméstica, las rutinas escolares y el bienestar emocional. Las redes familiares, que operan como amortiguadores frente a la inestabilidad estructural, deben reorganizarse constantemente, redistribuyendo cargas que, en la mayoría de los casos, recaen nuevamente sobre las mujeres jóvenes. Así, la gestión de la escasez hídrica se vuelve un ejercicio de agencia cotidiana, pero también de desgaste acumulativo.

Lefort et al. (2024) proponen “considerar la complejidad de interrelaciones que ocurren en los territorios, observando los diferentes sistemas que los componen (sociales, técnicos y ecológicos), para adoptar caminos de adaptación viables entre ellos”. En este escenario, la participación temprana de las jóvenes en labores productivas y logísticas no puede desligarse de las condiciones ambientales que moldean las formas de subsistencia. La escasez de agua actúa como un acelerador de responsabilidades, empujando a niñas y adolescentes a asumir tareas que superan su edad y muchas veces sus posibilidades. Sin embargo, estas mismas experiencias también dotan a las jóvenes de habilidades prácticas y de una conciencia territorial que fortalece su agencia. La precariedad ambiental, entonces, lejos de neutralizarlas, puede constituirse en un catalizador para procesos de autonomía y reconfiguración del rol femenino en el archipiélago.

Finalmente, si bien el deseo de independencia emerge con fuerza, este no implica una desvinculación total del

territorio, sino la construcción de nuevos vínculos que incorporan una memoria afectiva y una lectura crítica del contexto. En un escenario de crisis hídrica, estas trayectorias juveniles invitan a repensar las políticas públicas y, según Lefort et al., 2024, “programas que regulen el uso y conservación del suelo, entendiendo de manera integral las distintas interacciones que se producen en las cuencas” desde un enfoque que reconozca no solo las desigualdades en el acceso a servicios básicos, sino también las formas en que esta escasez se entrelaza con las lógicas de género, cuidado y sostenibilidad comunitaria.

6. Conclusiones y recomendaciones

Las trayectorias juveniles en Quinchao reflejan un proceso de reterritorialización que desafía las lógicas extractivistas y patriarcales arraigadas en la cultura insular, destacando la emergencia de una agencia femenina que, pese a las limitaciones estructurales, transforma y resignifica los vínculos con el lugar de origen. La escasez hídrica se presenta como un elemento estructural que agrava las desigualdades de género y económicas, incrementando la carga doméstica y productiva que recae principalmente sobre las mujeres, especialmente las hijas mayores, asumiendo un rol crucial como “gestoras territoriales”, desarrollando prácticas cotidianas de cuidado, sostenibilidad y adaptación que son fundamentales para la supervivencia del hogar y la comunidad.

Esta crisis del agua afecta directamente las decisiones de movilidad y los proyectos de vida, condicionando la permanencia o migración y evidenciando las limitaciones materiales que tensionan la autonomía femenina emergente. Las redes familiares y comunitarias, aunque resilientes, enfrentan un desgaste acumulativo al tener que adaptarse

constantemente a la inseguridad hídrica, lo que profundiza roles tradicionales pero también abre espacios para nuevas formas de autonomía y resignificación del trabajo reproductivo. Ante esta complejidad, se vuelve imprescindible implementar políticas públicas integrales que reconozcan las interacciones sociales, ecológicas y técnicas propias de los territorios insulares, garantizando un acceso equitativo y seguro al agua potable, a su vez, debe promover la participación activa y empoderamiento de las mujeres en estos procesos, valorizando sus prácticas y conocimientos como parte fundamental de la adaptación y sostenibilidad territorial. Esto se puede lograr a través del “buen vivir”, el cual es un modelo basado en una forma de vida integral, en armonía con la población con conocimientos ancestrales y en la naturaleza. Recuperando los derechos de estos. Bajo esto, el Estado debe avanzar hacia una democracia participativa, comunitaria y no extractivista, donde el poder se distribuya y no se concentre, garantizando una vida digna y protección de los bienes comunes, no solo del crecimiento económico.

Es imprescindible fomentar espacios educativos y comunitarios que incorporen el análisis crítico de género y ambiente, fortaleciendo la agencia juvenil y cuestionando los mandatos tradicionales que limitan sus aspiraciones. Finalmente, se sugiere apoyar investigaciones interdisciplinarias en Quinchao que integren estas dimensiones para diseñar estrategias contextualizadas y transformadoras, evitando reproducciones de desigualdades y promoviendo la justicia ambiental y social desde las bases comunitarias.

7. Referencias

- Barrientos Loaiza, R. M. (2016). *La mujer chilota y sus significaciones sobre la maternidad en su construcción como sujeta femenil*. Repositorio Bibliotecas UV. <https://repositoriobibliotecas.uv.cl/serveruv/api/core/bitstreams/4ffa8560-b063-4c8b-8b31-bf9b1ce70088/content>
- Cubillo, A., & Hidalgo, A. (s/f). *El Buen Vivir como alternativa al desarrollo para América Latina*. Unirioja.es. Recuperado el 28 de julio de 2025, de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5706345>
- Decretos de escasez, (2008) (testimony of Ministerio de Obras Públicas). <https://dga.mop.gob.cl/derechos-de-agua/proteccion-de-las-fuentes/decisos-de-escasez-2/>
- Federici, S. (2010). Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Frêne, C., Villarroel, F., Rojas, R., Sanzana, J., González, J., Alarcón, D., & Barra, F. G. S. (s/f). *Escasez de agua en Chiloé: Red Participativa de Agua como solución para el sector rural*. Scielo.cl. Recuperado el 16 de julio de 2025, de https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_artext&pid=S0718-34022022000200375
- Herner, M. T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. *Huellas*, (13), 158–171.
- Jiménez, I., & Moya, M. (2017). La cuidadora familiar: sentimiento de obligación naturalizado de la mujer a la hora de cuidar. *Enfermería global*, 17(1), 420. <https://doi.org/10.6018/eglobal.17.1.292331>
- Kostova, B. (2015, abril 15). *Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente*. Naciones Unidas y El Estado de Derecho. <https://www.un.org/ruleoflaw/es/un-and-the-rule-of-law/united-nations-environment-programme/>
- Lipovetsky, G. (1999). La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino. Barcelona: Anagrama
- Lefort, I., Galleguillos, M., Billi, M., & Urquiza, A. (2024). *Evaluación del riesgo ante el cambio climático de los servicios ecosistémicos de regulación y provisión de agua dulce en la Isla Grande de Chiloé, Chile*. 461–471. https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-92002024000300461&script=sci_abstract&tlang=pt
- Le Monde diplomatique. (2020). Manifiesto ante la pandemia de Covid-19 . Asamblea Ciudadana Archipiélago de Quinchao. Le Monde Diplomatique. <https://www.lemondediplomatique.cl/manifiesto> -ante-la-pandemia-de-covid-19-asamblea-ciudadana-archipiélago-de.html
- Rojas-Zamorano, F. Szlafsztein, C. 2020. “Identificación del grado de aislamiento en territorios insulares: caso de estudio en la provincia de Chiloé (Chile).” Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía 29 (2): 427-439. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v29n2.79755>
- Shaevitz, M. H. (1984). *The superwoman syndrome* (Morton H. Shaevitz, Ed.). Warner Books.
- Valdebenito Allendes, J. (2020). Crisis socioecológica y comunicación durante la Marea Roja de Chiloé (2016). *Texto Livre Linguagem e Tecnologia*, 14(1), e26231. <https://doi.org/10.35699/1983-3652.2021.26231>